

Xavier Noguez, coord. 2017. *Códices*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Baltazar BRITO GUADARRAMA

Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (México)
baltabrito6@hotmail.com

Hace apenas unos meses, durante los escasos ratos de ocio que me permito en el ajetreado transcurrir de mis días, realicé la lectura de *El infinito en un junco*, ensayo novelado que, al conocer mi gusto por la cultura escrita, un buen amigo me había obsequiado. El tema principal de ese pequeño mamotreto de 472 páginas —publicado en 2019 y en menos de un año convertido en *best seller* mundial— es la invención de los libros en el mundo antiguo. Mediante una pluma ágil y ensoñadora, Irene Vallejo, su autora, lleva a cabo un recorrido milenario sobre la historia de la escritura, antes y después de la invención de la imprenta. Así, entre amenas anécdotas personales y ajenas, cientos de citas literarias y múltiples referencias a la cultura escrita, Vallejo nos habla de la importancia de la oralidad y la postrera fijación de su mensaje en distintos tipos de soporte: arcilla, papiro, pergamino, textiles, celulosa y, por supuesto, los medios digitales que existen en nuestros días.

A primera vista, nada ni nadie relacionado con el libro escapa a su tintero. Bibliotecas, talleres, instrumentos escriptoreos, librerías, autores, mercaderes, ladrones, rapsodas, trovadores, escribanos, copistas, iluminadores, encuadernadores, vendedores y un sinfín de actores merecen al menos un pequeño espacio en la vastedad de su obra. Poco a poco develé los capítulos que lo conforman, pero al concluir tan interesante lectura, el buen sabor de boca que ésta me había dejado menguó ante la presencia de una nota amarga que no dejaba de rondarme en la cabeza: era notable la ausencia de la *tlacuillo*, la tradición escrituraria del antiguo mundo mesoamericano. ¡No hubo un solo comentario!

Entiendo perfectamente que la autora española acotó su espacio únicamente al viejo “mundo antiguo”, a pesar de que de uno u otro modo, durante los siglos xv y xvi, las tierras que hoy conocemos como América se vieron sumamente implicadas con el propio devenir de las sociedades europeas y de las otras latitudes. Conquistadores y frailes no solo conocieron



y describieron profusamente los antiguos libros producidos en este continente, algunos de ellos también se vieron involucrados en su destrucción o manufactura y, en los siglos subsecuentes, varios ejemplares cruzaron el atlántico para reposar en las estanterías de las más afamadas bibliotecas establecidas en el antiguo continente. ¿Por qué, si existe un vínculo tan fuerte, los libros mesoamericanos no tuvieron cabida dentro de un ensayo que pretende ser universal? ¿Será acaso que, fuera del público especializado, es un tema que no ha sido ampliamente difundido por sus investigadores y, por ende, poco conocido por el lector común?

Soy consciente de la copiosa cantidad de artículos y libros que año con año son publicados en torno a los manuscritos que hoy llamamos códices. Las más de las veces forman parte de libros y revistas tan difíciles de conseguir que, en ocasiones, son inasequibles, incluso para los propios especialistas. Por ello, considero que es aquí donde tiene buena cabida la publicación de *Códices*, libro adscrito a la colección Historia Ilustrada de México, cuidadosamente dirigida por Enrique Florescano, cuyo principal objetivo es difundir ante el mayor número posible de gente la producción intelectual que, en torno a la historia y cultura mexicanas, se gesta en distintos centros académicos de nuestro país y del extranjero. Para conseguirlo, su coordinador pugna por despojar de tecnicismos al conocimiento especializado para revestirlo con profusas imágenes y una pluma ligera y concisa que cautive al futuro lector.

Xavier Noguez, investigador del Colegio Mexiquense y eminente conocedor de la tradición pictórica indígena, se encargó de coordinar *Códices* y, en su función, compiló seis ensayos que, conjuntamente, nos ofrecen un amplio panorama sobre el mundo de los manuscritos pictográficos manufacturados en distintos puntos del territorio mesoamericano y su postrera continuidad y sobrevivencia tras la implantación de un gobierno europeo en dicha demarcación. Nikolai Grube, epigrafista alemán egresado de la Universidad de Hamburgo; Manuel A. Hermann Lejarazu, investigador de tiempo completo del CIESAS; Hans Roskamp, profesor investigador del Colegio de Michoacán; Tatiana Valdez Bubnova, investigadora del Colegio Mexiquense; Saeko Yanagisawa, doctora en historia del arte por la UNAM, y el propio Xavier Noguez, nos ofrecen, cada uno en su particular estilo y desde su respectiva especialidad, una aproximación general al conocimiento de los códices que cada uno de ellos estudia.

Con el sugerente título de “El desciframiento de los códices mayas”, Grube da cuenta de los principales actores involucrados en dicho intento,

desde Diego de Landa en el siglo XVI, continuando por las intervenciones de Brasseur de Bourbourg y Ernst Förstemann en el XIX, Yuri Knorozov en el XX, para finalmente terminar con algunos comentarios sobre el estado actual de este largo proceso que se ha prolongado hasta nuestros días. Sobre el hilo principal de la narración, el investigador aprovecha su pluma para hilvanar interesantes noticias que giran en torno a los cuatro códices mayas conocidos en la actualidad, consigna especialmente su descubrimiento, sus repositorios, su origen y sus temáticas; incluso, expone algunos ejemplos de lectura de las primeras láminas del *Códice Dresde*, demostrando con ello las crecientes dificultades a las que se enfrentan los investigadores de este tipo de documentos, cuya antigüedad se remonta al Clásico mesoamericano.

En los “Códices del Grupo Borgia”, Valdez Bubnova escribe sobre cinco manuscritos prehispánicos relacionados entre sí por las características calendáricas, mánticas y rituales presentes en cada uno de ellos. Me refiero a los códices *Borgia*, *Vaticano B* —también conocido como *Vaticano 3773*—, *Cospi*, *Fejérváry-Mayer* y *Laud*. La investigadora, en consenso con algunos de sus pares, decidió agregar a los ya mencionados el *Manuscrito Aubin número 20* y el *Códice Porfirio Díaz*. Además de describir sus singularidades y los rasgos físicos y de contenido que los hermanan, Valdez nos indica cómo eran utilizados por los *tonalpouhque* o sacerdotes para profetizar o adivinar las influencias sobrenaturales que se creía afectaban el devenir del ser humano en la tierra, y hace énfasis en el profuso contenido mitológico que puede encontrarse en sus láminas. Refiere además los principales estudios realizados a este grupo documental, los repositorios donde actualmente se encuentran resguardados y, finalmente, comenta la problemática aún vigente sobre su procedencia geográfica y las distintas propuestas formuladas por los expertos para conseguir un nuevo acotamiento.

La explicación sobre los “Códices de Oaxaca” corrió a cargo de Manuel Hermann. El egresado de la Universidad de Leiden hace un recorrido monográfico por varios de los manuscritos pictográficos provenientes de esta área del sureste mexicano. Comienza con los llamados códices mixtecos —*Nuttall*, *Vindobonensis*, *Colombino-Becker I*, *Bodley* y *Selden*—, grupo que califica como el único *corpus* de documentos históricos elaborados por indígenas antes de la llegada de los conquistadores. Luego de describir cuidadosamente el contenido y características físicas de cada uno de ellos, Hermann se abre paso entre los códices históricos y genealógicos que, durante la época colonial, se siguieron manufacturando por el territorio oaxaqueño e incluye una sección dedicada a algunos de los mapas y lienzos

provenientes de esta región. Por último, dedica un apartado a aquellos manuscritos que, a pesar de ser producto de un escriba indígena, comparten múltiples características con el formato de libro europeo, como los códices *Sierra* y *Yanhuitlán*. Gracias a la interesante sucesión de ilustraciones que acompañan el artículo, resulta fascinante ver cómo la escritura indígena logró adaptarse a las diferentes condiciones económicas, políticas e históricas que, con el paso del tiempo y la implantación de la cultura europea, amenazaron constantemente su desarrollo.

El mismo fenómeno puede observarse en las imágenes que acompañan el artículo que Xavier Noguez dedicó a “Los códices del centro de México”. El también coordinador de esta publicación, apoyándose en el trabajo de Donald Robertson, inicia su intervención definiendo brevemente los rasgos estilísticos que diferencian a los códices prehispánicos de los coloniales, con el objetivo de dejar en claro que, desde su perspectiva, no existe en la actualidad un solo ejemplo de códices nahuas elaborados antes de la conquista de México. Posteriormente, se vale de las escuelas propuestas por el mismo Robertson —tenochca, tlatelolca y texcocana-acolhua— para hacer un pormenorizado recuento de los más destacados documentos de tradición pictográfica indígena procedentes de esas regiones. Finalmente, no podía faltar en su artículo una sección dedicada al objeto de estudio preferido del autor: los *Códices Techialoyan*, sus principales características y su función como títulos primordiales en diversas comunidades indígenas del centro de México.

Como era de esperarse, Roskamp nos explica el contexto en el que se generaron “Los documentos pictográficos de Michoacán” y el interesante abanico temático que los conforma. También refiere que, al igual que los códices provenientes de otras regiones, y a pesar de los contados ejemplos que nos llegaron, en ellos quedaron asentados tributos, fundaciones de señoríos, jurisdicciones, migraciones, estirpes gobernantes y los problemas que cotidianamente acaecían entre los españoles e indígenas de la región. Algunos de los documentos a los que hace referencia son los códices de *Cutzio*, *Huetamo*, *Tzintzuntzan*, *Chilchota*, *Cuara* y *de Las denuncias indígenas de Cutzio*; los lienzos de *Jicalán* y *Aranza*; la *Relación* y la *Crónica de Michoacán*, los *Títulos de Tócuaro*, el *Mapa de Tzintzuntzan* y el escudo de armas de la misma ciudad. Cada uno de ellos es explicado meticulosamente por Roskamp, quien, al final de su exposición, concluye que en el Michoacán del siglo xvi pueden distinguirse por lo menos dos tradiciones pictográficas, la de los grupos no tarascos de tierra caliente y otra relacionada

con los tarascos, especialmente con los uacúsecha, ambas de suma importancia para reconstruir el pasado indígena durante el primer siglo de dominación española.

Con “La tradición Mixteca-Puebla y los códices”, Yanagisawa es la encargada de cerrar el libro. En su trabajo, la historiadora del arte nos brinda una clara explicación sobre esta tradición pictórica que traspasó fronteras e idiomas entre los pueblos que dominaron el Posclásico mesoamericano. Así, con sencillez y puntualidad, nos refiere el estilo y repertorio iconográfico que la caracterizaron para concluir, después de plantear la posibilidad de que Cholula haya sido el lugar de origen de esta tradición escrituraria, recalando su importancia como escritura franca tras lograr un entendimiento común entre las elites de las distintas culturas mesoamericanas.

Al concluir la lectura de cada uno de los capítulos que integran el libro *Códices*, tengo la impresión de que Xavier Noguez concretó exitosamente el objetivo de éste. La escritura de los autores resulta de fácil comprensión y su discurso consigue una comunión perfecta con las abundantes ilustraciones que acompañan cada uno de los artículos. Además, todos presentan una bibliografía básica en la que cualquier interesado en abundar sobre los temas presentados puede hacerlo con su consulta. Dada la poca difusión que existe sobre ellos, hubiera sido interesante encontrar alguna sección dedicada a los códices provenientes de Guerrero y otra que diera cuenta exclusivamente de los manuscritos pictográficos adscritos al valle poblano-tlaxcalteca, pues ahí podemos encontrar rasgos escriturarios exclusivos de la región, con lo que, a mi parecer, se hubiese dado cuenta de casi la totalidad de esas expresiones escriturarias de los pueblos mesoamericanos.

Es cierto que el trabajo coordinado por Noguez no es el primer libro en intentar la divulgación de este patrimonio documental mexicano, pues trabajos como *Códices. Los antiguos libros del nuevo mundo*, de Miguel León-Portilla; *Entre códices*, de Ana Rita Valero, y *Códices de México*, de Carmen Aguilera, por poner tan solo unos ejemplos, también tuvieron entre sus miras la difusión de este conocimiento, pero hoy día se encuentran agotados y, en caso de encontrarse en el mercado, resultan un fuerte descalabro al bolsillo del interesado. No cabe duda de que *Códices* es un libro que contribuirá a difundir el contenido de estos manuscritos mexicanos. Espero que no sea el último, pues, como con cualquier objeto de estudio, los conocimientos en torno a los códices se van actualizando día con día, por lo que siempre será bienvenido un nuevo trabajo que trate amablemente este tema.

Con la publicación de este libro en 2017 los autores ya cumplieron con su parte. Ahora corresponde a los responsables de la colección Historia Ilustrada de México hacer que el esfuerzo de todos ellos llegue no sólo al público nacional, sino también al internacional. Me parece importante que se difunda la existencia de los “otros” mundos antiguos, pues, como ocurrió en Mesopotamia, Grecia, Egipto, India o China, Mesoamérica fue el único foco civilizatorio de América donde surgió un tipo determinado de escritura, gracias al cual sus habitantes consiguieron perpetuar entre los suyos los conocimientos, prácticas, cosmovisión y creencias de sus ancestros, mismos que, aunque fragmentados, llegaron hasta nuestros días. *Códices*, coordinado por Xavier Noguez, ayudará sin duda a redescubrir estos conocimientos y a conformar en su conjunto, más allá del junco, otros universos infinitos que se plasmaron en amate, piel de venado, algodón y maguey.